

El silencio de Heidegger

Jacques Derrida

A menudo se cree en Alemania –y a veces también en Francia– que Beaufret y sus amigos habrían tomado posesión de toda la herencia de Heidegger. Esto no es así.

En mi caso, se trata de alguien que estudió después de la guerra, en los años 1948-1952, de alguien que no estuvo de acuerdo con Beaufret y que se interesó por Heidegger sólo a partir de Sartre y Merleau-Ponty; que comenzó a leer al propio Heidegger y empezó a emanciparse de la comprensión de Heidegger y Husserl que tenían Sartre y Merleau-Ponty, siempre sin Beaufret.

Pero tampoco querría que se desconozca –y me siento tanto más libre de decir esto, en cuanto que yo mismo he sido muy crítico de la interpretación de Heidegger de Beaufret– que Beaufret al menos estudió literalmente la obra de Heidegger, y no fue una apropiación rápida al estilo de Sartre y Merleau-Ponty, poniendo una atención en ella, que no fue simplemente negativa.

Luego, en los últimos veinticinco años, tuvieron lugar otras versiones a partir de Philippe Lacoue-Labarthe, Jean-Luc Nancy y de mis propios trabajos, que no estuvieron ni bajo la influencia de Merleau-Ponty, ni de Sartre, ni de Beaufret. Para el que lee atentamente no hay dudas de que estas versiones denotan también, en modos diferentes, un interés en la dimensión política de los textos, y que evidencian un antiguo recelo que no se limita a los documentos de orden extra-filosófico, que naturalmente ya teníamos a disposición desde 1960-1962.

En nuestro caso, se trataba más bien de intentar comprender de qué modo era posible articular la difícil obra de Heidegger con lo que sabíamos de su compromiso político. Esto, en efecto, no es una cosa simple. Creo que hemos realizado algunos progresos en esta dirección, pero aún nos queda por hacer un trabajo riesgoso.

Pero cuando advierto que, de pronto, tanta gente se interesa en Francia por el nacionalsocialismo de Heidegger, que se levanta tanto alboroto, que los filósofos acusan que a ellos no les dijeron nada, que se expresan prejuicios no sólo contra Heidegger, que está muerto, sino también contra los que viven en Francia, entonces a menudo tengo ganas de plantearles una pregunta muy sencilla: ¿Han leído *Ser y Tiempo*?

Quien, como alguno de nosotros, ha comenzado a leer por ejemplo ese libro de modo conflictivo, interrogante, crítico, no ortodoxo, sabe demasiado bien que ese libro —como otros— aún espera ser leído realmente. Todavía hay en el texto de Heidegger una enorme cantidad de elementos para otras interpretaciones; por consiguiente, tenemos el derecho de exigir a los que pretenden cerrar muy rápidamente la obra filosófica de Heidegger a causa de su compromiso político, que al menos comiencen a leerla.

Creo que los que en Francia dijeron muy rápidamente —ya en las primeras semanas tras la aparición del libro de Fariás—: “Con Heidegger ha terminado todo. No es necesario leerlo más”, casi estaban diciendo: “déjenos quemarlo”, y creo que no sólo han dado muestras de su falta de responsabilidad política, vinculada naturalmente a la buena consciencia de su antifascismo, sino también testimonio de su inexperiencia sociológica. Es notorio, pues, que Heidegger suscita un interés cada vez mayor. En lo que nos toca, debemos procurar que ese interés no ocasione ningún perjuicio y advertir que junto a una posible lectura fundamental y responsable de la obra completa de Heidegger, del discurso del Rectorado, de los textos políticos, pero también de los otros textos, no debemos renunciar a nuestra responsabilidad política, que debemos mantener. Y queremos definirla de modo tal, que debe ser tenida en cuenta junto a la cuestión planteada sobre Heidegger.

Todo el mundo está de acuerdo, pienso; muchos de nosotros estamos de acuerdo en que incluso cuando se pudieran comprender, aclarar y disculpar el compromiso de Heidegger de 1933 y algunas consecuencias que, de una manera compleja y ambigua, ha acarreado en los años siguientes lo que permanece inexcusable, según Philippe Lacoue-Labarthe —lo que, creo, según palabras de Blanchot sigue siendo una herida del pensamiento— es el silencio, después de la guerra, sobre Auschwitz y muchas otras cosas.

Ahora bien, me atengo a la regla general de hace un momento; también

yo sigo la huella de esa herida y pienso al respecto como Philippe Lacoue-Labarthe, como Blanchot y algunos otros, pero me pregunto: ¿qué hubiera ocurrido si Heidegger hubiese dicho algo, y qué hubiera podido decir? Lo que ahora voy a sostener es muy arriesgado, lo arriesgo como hipótesis y les pido que me acompañen en el riesgo.

Supongamos que Heidegger hubiera podido decir respecto a 1933 no sólo: “He cometido una gran tontería”, sino también: “Auschwitz es el horror absoluto y condeno esto radicalmente”. Una frase como ésta nos es familiar a todos. ¿Qué habría ocurrido entonces? Probablemente hubiera obtenido la absolución sin más. Se habrían acabado los expedientes sobre Heidegger, sobre la relación entre su pensamiento y los hechos del así llamado nacionalsocialismo. Y con una frase que tendiera a un consenso sin esfuerzo, Heidegger hubiera terminado con el asunto, y nosotros no tendríamos necesidad de preguntarnos permanentemente por lo que podría objetar la experiencia del pensar de Heidegger; por las afinidades, sincronías del pensamiento, arraigos comunes y cosas semejantes con ese fenómeno todavía impensado, que nos representamos como nacionalsocialismo.

Creo que si hubiera dejado inducir a una declaración, digamos, en el sentido de una reacción moral inmediata, o a una manifestación de su espanto o de su no-perdón, es decir, a una declaración que aunque no hubiera resultado de su trabajo de pensamiento estuviera a la altura de todo lo que él ya había pensado, entonces nos sentiríamos ahora más fácilmente liberados de la obligación de hacer el trabajo que debemos hacer. Sin embargo, debemos hacer este trabajo, heredado, pienso, del terrible e inexcusable silencio de Heidegger. La ausencia de frases sobre su relación con el nacionalsocialismo, que nosotros hoy somos capaces de pronunciar, esta ausencia nos lega una herencia. Nos lega la obligación de pensar eso que él mismo no ha pensado.

Creo, como dijera Philippe Lacoue-Labarthe, que Heidegger no pudo dominar teóricamente al nacionalsocialismo. Por lo menos, no simuló con una frase que le hubiera sido fácil, haber comprendido lo que ocurrió y haberlo condenado. Tal vez se dijo Heidegger: yo podría formular una condena del nacionalsocialismo solamente si esto me fuera posible en un lenguaje que no sólo estuviera a la altura de lo que aquí se dijo, sino también de lo que aquí ocurrió. De esto no fue capaz.

Esta es una hipótesis muy arriesgada –ya dije que esta noche estoy

improvisando un discurso—. Sin el terrible silencio de Heidegger no sentiríamos la obligación que se dirige a nuestra conciencia de responsabilidad, ni la necesidad, de leer a Heidegger como él no se ha leído a sí mismo. Al menos él no ha pretendido esto. O lo ha pretendido y por eso, como presumo, ha guardado silencio. O tal vez pretendió que ya ha dicho, a su modo, sin dejarse inducir a frases cómodas, lo que debió decirse del nacionalsocialismo.

Quien quiera aún encontrar algo en sus textos, en virtud de lo cual se pueda no sólo sentenciar la verdad interna de este poderoso movimiento, sino también su decadencia y su ruina. Quien quiera hacer esto, ahora, podría hallar esto en sus textos. El no fue capaz de decir nada más al respecto. Ahora nos toca a nosotros decir más, como: Auschwitz es el horror absoluto, uno de los más absolutos horrores de la historia de la humanidad. Si pudiéramos decir más, deberíamos hacerlo, y este requerimiento está, según creo, inscripto en lo más terrible, y quizá también en lo más valioso, de la herencia de Heidegger.

Creo, y con esto concuerdo con lo que ha dicho Philippe Lacoue-Labarthe, que la lectura de Heidegger, no una lectura ortodoxa y filológica sino una lectura en cierto modo activa, nos puede proporcionar, nos puede acercar lo que condenamos, y nos puede ayudar a saber lo que condenamos.

(El presente texto fue leído por Derrida como contribución a un coloquio sobre “Alcances filosóficos y políticos del pensamiento de Heidegger”, realizado en Heidelberg en 1988. Hasta donde hemos podido saber, la única publicación existente es la versión alemana, de donde ha sido realizada esta traducción).

Traducción de Diego Tatián